

El don de la oportunidad

Laird Barron

Septiembre de 1923

La oscuridad pesaba como una losa cuando despertaron, sacados a rastras de las profundidades de la noche por el efecto mareomotriz de la sangre, con la piel atirantada aún por la gravidez de los huesos cansados. Las tablas del suelo emitieron lastimeros gemidos bajo aquellos hombres que, inquietos como percherones, las barrían y aporreaban con los pies en la penumbra del dormitorio colectivo. Entre las rendijas que separaban los listones de las paredes se colaba el fulgor de las estrellas. Alguien había encendido la estufa de leña y el humo se elevaba sinuoso entre las literas, buscando las vigas del techo. Flotaba en el aire una humedad espantosa, recuerdo de las lluvias caídas la noche anterior. Las vaharadas de aliento se concentraban en las vigas y producían un goteo constante; como si de las estalactitas de una cueva de piedra caliza se tratara, todas las superficies rezumaban condensación. Infestaba la habitación un hedor a búnker cerrado, mezcla de creosota y sudor, de flatulencia y dientes podridos, de cenizas amargas y tabaco quemado.

Miller se sentó encorvado, doblándose prácticamente por la mitad, a la mesa de madera de pino de tosca manufactura para dar cuenta de la grumosa mezcla de pudín con melaza que constituía el desayuno. La cuchara de hojalata repicó en la sartén del mismo material, carbonizada y marcada por los estragos de mil fogatas y otros tantos cubiertos. Cuando hubo acabado, se limpió el bigote con la manga de la ropa interior de una pieza y se tomó el café solo en una taza de latón, el último componente de su rústico juego de cubertería.

Sus manos sucias, coriáceas a causa de las callosidades que las recubrían, secuelas de la sierra de arco y el hacha de talar, habían sufrido numerosas fracturas a lo largo de los años y los nudillos se veían hinchados como avellanas. Era incapaz de cerrar por completo el puño izquierdo; casi todas las mañanas, sus dedos amanecían congelados en una pinza de cangrejo con la que a duras penas podía sujetarse la pilila, y menos aún sostener el mango de un hacha. Por lo menos aún era joven; a la mayoría de los veteranos les faltaba algún dedo, cuando no habían quedado mutilados de mil maneras distintas, a cada cual más brutal: desde los simples accidentes a las peleas a puñetazo limpio, pasando por los años acumulados de paulatino y fatídico desgaste a golpe de hacha o azadón. Olsen el Sueco (el primero de los muchos suecos que habrían de instalarse al oeste de las Rocosas), al que de joven una cadena le había triturado la pierna, deambulaba por el campamento a saltitos, apoyándose en su hacha de hoja ancha por toda muleta. Su archirrival, Sven el Noruego (el primero de los innumerables leñadores noruegos que habrían de instalarse al sur de Noruega), había perdido la dentadura y una oreja plantando los postes del cable aéreo en el viejo continente, labor que estaba considerada igual de penosa en todos los países. Incluso Manfred el Alemán, célebre y admirado por su rapidez de reflejos, había recibido el impacto de una rama perdida en cierta ocasión; ahora tenía la cabeza reblandecida aquí y allá, tan carente de pelo como si hubiera sobrevivido a un incendio, y uno de sus párpados se veía mucho más caído que el otro. Hacía poco que Manny había ascendido al puesto de arriero. Con los burros era poco probable que uno acabara haciéndose daño; en el peor de los

casos, aunque resultara herido o mutilado, o aunque perdiera incluso la vida, cabía esperar que su sufrimiento no fuera excesivo.

Uno de los polacos, un tipo afable que respondía al nombre de Kasper, con frecuencia le preguntaba a Miller si no pensaba largarse antes de terminar decapitado, o sin piernas, o partido en dos por el latigazo de una eslinga suelta, o apuñalado en las costillas en el transcurso de cualquier pelea de taberna. ¿No sería que Miller era tan terco como la mayoría de los hombres de su edad, adicto a la seguridad del dinero rápido de una profesión que muy pocos querían y de la que menos aún lograban escapar?

Kasper, por su parte, se tenía por maldito más que por obstinado; por sus venas corría una locura que lo subyugaba a los trabajos más inmisericordes en penitencia por los pecados que, en la oscura prehistoria de la Europa del Este, cometiera alguno de sus vanidosos ancestros. El polaco escribía poemas e historias a la luz del candil, aunque sus traducciones al inglés dejaban tanto que desear que sería complicado juzgar con exactitud la calidad de sus obras. A Miller el arte de las letras no lo entusiasmaba, aunque profesaba cierta admiración a regañadientes por quienes poseían el don de la elocuencia. Su abuela, de joven, había estudiado al otro lado del charco. Tras embarcarse de regreso a los Estados Unidos, escribía sus diarios en latín para desconcertar a los parientes más indiscretos. Se los enseñaba a Miller siempre que este iba a visitarla a su hogar, en Illinois; la abuela había conseguido llenar setenta y cinco de aquellos finos cuadernos con tapas de cuero, una biblioteca en miniatura.

Hoy Kasper había ido a sentarse lejos de Miller en la mesa alargada, otra sombra legañosa más entre codos en guardia y quijadas batientes. Miller no tenía nada que objetar; ayer el polaco se había pasado el día entero emparejado con él al otro lado de la sierra de dos metros y medio, una faena abrumadora, para derribar un viejo cedro monstruoso. Sabía, como todos los demás, que Miller formaba parte del escaso contingente de veteranos de guerra que poblaba el campamento de Slango.

El polaco, en confianza, le había contado:

—Mi hermano cayó abatido por un francotirador a orillas del Rin. Murió por culpa de un puto «miáuser»... esos rifles tan enormes con los que disparaban los alemanes. Nuestra familia vive en *Warszawa* y solo se enteró de lo ocurrido porque uno de los camaradas de mi hermano estaba con él cuando pasó y nos transmitió la mala noticia y envió sus efectos personales a casa por correo. A mi hermano la *Legiony* nos lo mandó en una caja. Debió de producirse alguna confusión en la consigna de equipajes de la estación, con la cantidad de contenedores de madera corriente y moliente que abarrotaban los vagones, bultos marcados con números de serie en vez de con nombres. El caso es que los encargados se equivocaron de albarán, así que tanto mi familia como otras muchas tuvieron que forzar las cajas para averiguar quién había dentro. El parte de defunción oficial no llegó hasta varias semanas después del entierro, al que yo no asistí. No podía permitirme el lujo de viajar a casa en aquellos momentos. Mi hermana pequeña y mi primo murieron el año pasado. Cólera. Dicen que está causando estragos en casa, el cólera. Tampoco pude asistir al funeral. La enterraron en el pueblo. Mi hermano recibió sepultura en otra localidad, donde tiene sus raíces la rama de mi padre. Todos los hombres de nuestra familia están enterrados allí. Yo no, lo más probable, saldría demasiado caro, pero el resto de mis hermanos seguro que sí. Ninguno de ellos siente el menor interés por venir a América. En *Polska* están tan a gusto.

Miller se había pasado horas y horas escuchando este mismo monólogo, que solo a la tercera o cuarta vuelta empezó a volverse inteligible. Respondía con gruñidos simbólicos cuando le parecía oportuno. Al final, cuando hubieron talado el árbol y se disponían ya a dar la jornada por finalizada, puso punto final de una vez por todas a la conversación destapando la cantimplora y echándose el contenido por la cabeza hasta que empezó a elevarse vapor de su cuerpo. Miró al polaco a los ojos y dijo:

—Por lo menos encontraron lo suficiente de él como para preparar un paquete. Bien pensado, podría haber sido peor.

Slango era un campamento inusualmente pequeño: dos barracones, el archivo, un coche de uso comunitario, el almacén de la empresa y un par de cobertizos; ni electricidad ni agua corriente, nada de lujos superfluos. En Bullhead & Co. se jugaba con las cartas sobre la mesa y sin florituras, en operaciones de presupuesto limitado que se llevaban a cabo desde poco más que asentamientos gitanos. El dueño y sus socios dirigían sus oficinas desde las lejanas Seattle y Olympia, y se rumoreaba que terminarían siendo devorados por Weyerhaeuser u otro gigante.

Algunos contaban que Bullhead en persona se había dejado caer por allí el año anterior y que se había alojado durante varios días en el vagón del superintendente en el *John Henry*, el tren de la empresa. A Miller le parecía raro; el campamento de Slango se hallaba encajonado en las abruptas estribaciones de Mystery Mountain, una región densamente forestada de la sierra de Olympic. Al menos veinticinco kilómetros lo separaban del tendido ferroviario principal, y desde allí había otros treinta hasta el apeadero del empalme de Bridgewater. La rampa que comunicaba con el campamento de Slango se precipitaba a través de un bosque templado consistente en cicutas, álamos y estilizadas coníferas —«mondadientes», las denominaban algunos—, amén de grandes extensiones de garrotes del diablo, zarzamoras y alisos. Los leñadores sorteaban las numerosas gargantas y quebradas con árboles de madera no aprovechable que talaban de cualquier manera para apresurarse a sostener los enclenques raíles. Se le antojaba poco probable que nadie, y menos aún un pez gordo, se dignara visitar semejante lugar dejado de la mano de Dios a menos que no le quedara otro remedio...

La historia sigue en *Ominosus: una recopilación lovecraftiana*

fatalibelli.com